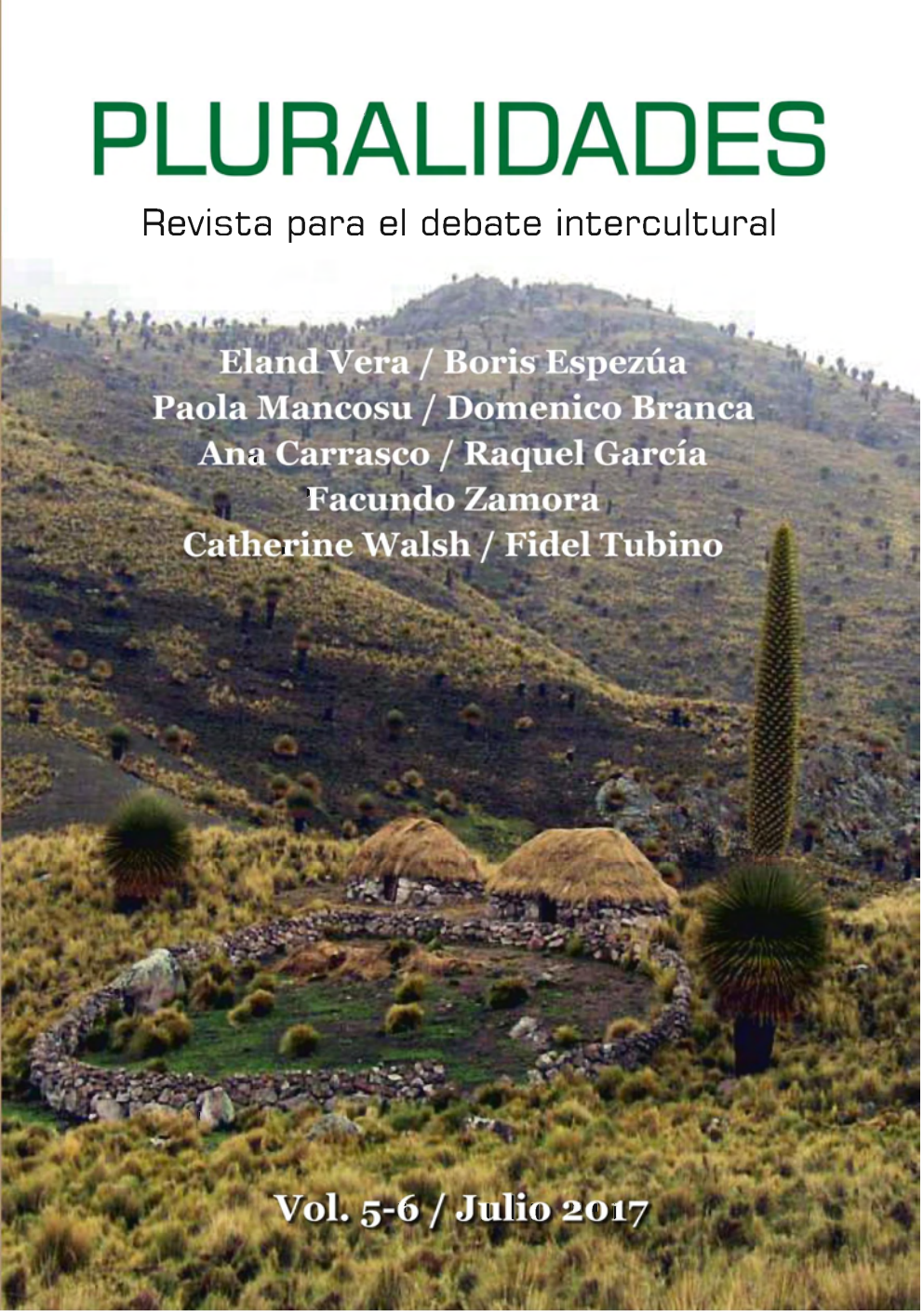


PLURALIDADES

Revista para el debate intercultural

Eland Vera / Boris Espezúa
Paola Mancosu / Domenico Branca
Ana Carrasco / Raquel García
Facundo Zamora
Catherine Walsh / Fidel Tubino

Vol. 5-6 / Julio 2017



SUBJETIVIZARSE PARA DECOLONIZARSE

Boris Espezúa Salmón

Resumen. *El ensayo parte del problema nacional de que los peruanos estamos inmersos en una cultura transgresora, de viveza criolla y negadora de historia y de identidad, que impide tener una subjetividad positiva o afirmativa que nos permita decolonizarnos; es decir superar nuestros prejuicios, taras, subordinaciones, que fortalecen la desigualdad, las asimetrías y las relaciones jerárquicas intersociales, y son una traba para ser realmente como debemos ser. En ese sentido reflexiona en torno al diagnóstico del problema y sus probables salidas, que a su vez permitan volver a la semilla, es decir a ser auténticos, plurales y decoloniales en un país que necesita urgentemente conciencia igualitaria, pluralista y respetuosa del orden y la cohesión social.*

Palabras Claves: *subjetividad, decolonialidad, nación, transgresión, interculturalidad, conciencia pluralista, identidad, autenticidad, viveza criolla.*

Para emprender una verdadera tarea de cambio, debemos empezar desde nuestra subjetividad¹, ésta tiene que ser comprendida como una auscultación para abrirse a un trabajo de decolonialidad, en forma amplia y que permita hacernos proclives a valorar e incluir al otro en forma simétrica, evitando más desigualdades y fragmentación social y muy contrariamente tender a la cohesión y a la unidad, sólo con este primer paso podremos garantizar una interculturalidad exitosa, la construcción de una sociedad plural e inclusiva y el entendimiento de un pluralismo que consideremos necesario y legitimado para nuestro país.

Tanto en la Amazonía como en los Andes del Perú, en la actualidad, la vinculación en las demandas es muy grande y acentuada en relación con la defensa del medio ambiente, ecología, lucha por el territorio y la tierra. Pareciera que vivimos un regreso de los extremos inflexibles donde se afianza poderes y se mantiene el desprecio a los ciudadanos de estos espacios geográficos; la lucha por el reconocimiento es ahora crucial. Los movimientos indígenas buscan su propio camino. Se debe consignar algunos cambios que encarnen los problemas vinculados al tema de pluralismo que nos deben hacer pensar en forma urgente que la labor del Estado y de la sociedad, en los próximos años, no debe

-
1. La subjetividad no es lo producido en la pura intimidad; es más bien el ámbito donde se va tejiendo —o destejiendo— la totalidad de las relaciones que hacen la existencia humana; es el ámbito desde donde se despliega el fenómeno de la comunicatividad. Sin subjetividad no hay comunicatividad. La subjetividad es significativa. Su manifestación es pura revelación, su potencia no se alimenta en la contracción sino en la expansión. Por eso la subjetividad no es un algo dado, su materia esta en el tiempo, es decir, en el continuo y constante producción de historia. Por eso se mueve dentro de una tensión dialéctica: no está nunca acabada sino en proceso continuo de constitución y desconstitución. Cuando una subjetividad se libera para dominar, esa reconstitución acaba en una nueva desconstitución; no hay verdadera liberación, pues se potencia a costa de la otra. No produce una subjetividad libre y, en consecuencia, no se constituye en sujeto crítico (Bautista, 2011:34).

estar expuesta a discurrir por agujeros de incertidumbres y de desasosiegos.

Los problemas en el Perú actual han recrudecido con la inseguridad ciudadana, la violencia, la corrupción, que se han convertido en marca de lo cotidiano. Asistimos a un deterioro de valores básicos, a una caída de modelos a considerar, a una creciente incertidumbre agravada, desde lo familiar hasta lo social, que revela que sus causas son estructurales. Tenemos la urgencia de hacer una asepsia de nuestra sociedad que empieza a mostrar los costos de nuestras postergaciones, descuidos y desaciertos. En el correr de los siglos XIX y XX el mestizo, el criollo y el indígena modernizaron su subjetividad, pero no la cambiaron, no la interculturizaron. La conciencia en este caso, entendida como la actualización de esta constitutividad inter-subjetiva, es determinante; por ello es que hay un proceso de constitución y desconstitución permanente en las subjetividades y por ende en la historia. Las comunidades originarias fueron siempre invisibilizadas. En este dejar de lado al otro, fuimos modelando el perfil del peruano prejuicioso, embrollado, no perteneciente a su genuina autenticidad, que renegaba y reniega de su condición indefinida. Esta es, la concepción de nación que se tuvo siempre.

El bien esquivo de la igualdad

Los peruanos adquirimos desde nuestra socialización más temprana la capacidad de jerarquizar, clasificar y discriminar según razas, poder económico, visiones de la realidad, de manera más inconsciente y encubierta pero, por eso mismo, más efectiva; nos hemos ido nutriendo de prejuicios y estereotipos, absorbiendo así contenidos racistas que fueron solidificándose y fortaleciéndose con el apoyo de los medios masivos de comunicación. Se trata, por tanto, de poner en marcha un proceso de subjetivación, es

decir romper con el tipo de saber, de justicia, de política que nos agrilleta, desarmando su impostura. Flores Galindo, citado por Portocarrero (2004:63) decía: “Una subjetividad deberá razonarse a partir de las contradicciones o conflictos que la desestabilizan, es decir desde los antagonismos que la desgarran y no la dejan quieta.”

En la etapa de la colonia, los derechos del indio, del pueblo, de la nación india, sean empíricos u orales, legales o escritos, eran desconocidos por el poder colonial. También fueron desconocidos sus imaginarios e instituciones ejecutivas, legislativas y judiciales, así como los símbolos objetivos y subjetivos que posee toda sociedad organizada de nuestra *Pachamama*, o nuestro planeta tierra. La tierra, el territorio, su goce y disfrute tradicionales e institucionales fueron usurpados y aún hoy continúa esa negación. Todo ello ocurría, porque persisten las relaciones coloniales en todos los aspectos, entre los pueblos originarios y los Estados.

Las explicaciones de nuestros males, son múltiples pero casi todas están vinculadas a las formas coloniales. Engañar a otro puede ser sencillo, pero es difícil engañarse a sí mismo, reconocerse como mitad colectiva o como suma de fragmentos, es nuestro desconsuelo. Si hurgamos en el fondo de nosotros sabremos realmente quienes somos. El reconocimiento de uno pasa por la identidad que debe entenderse en relación a la cultura con conciencia histórica, para tener sentimiento de ser uno mismo, de reconocerse como tal, para asemejarse o diferenciarse de otros, pero el peruano promedio no se siente bien consigo mismo, con seguridad quisiera ser otro, no ser él mismo. Esta suerte de autoodio como un camuflaje o juego de máscaras ha sido nuestra constante en el tema de reconocimiento e identidad. Somos una sociedad que niega los rasgos definatorios de su matriz identitaria.

Transgresión y otredad

Las pedagogías colonizantes nos enseñan a mirar más nuestro pasado, nuestra historia. Nuestra cultura, que es etnocentrista y absorbente, nos enseña a despreciar lo propio, es decir a despreciarnos a nosotros mismos a autonegarnos. Estamos intentando siempre aprender lo que no somos y terminamos intentando construir un proyecto que no es el nuestro y por eso mismo como factibilidad terminamos apareciendo ante nosotros mismos como sociedad inviable, sin destino de plenitud, sin posibilidad de realización. Somos un país del asombro y de la ira, donde ni los ciudadanos, ni el Estado pueden enderezar los renglones torcidos. Tenemos un tejido social intricado y virulento en nuestro ser; en lo más recóndito de nosotros, es importante mostrar el escenario donde la inconformidad subjetiva tiene al frente una postura individual-capitalista que exige el aislamiento del espacio colectivo (del otro en general) y la obediencia al mercado como norma social.

En el Perú la transgresión es aceptada como una realidad ineludible. Existe una suerte de licencia social para transgredir, claro que dentro de ciertos márgenes. La clase política y los altos funcionarios, tiene poquísima autoridad moral para contener la nueva caída. El país está, pues, desprotegido. El Perú esta roído y menoscabado por la corrupción; además, somos un país donde la viveza se valora como talento, el negociado como practicismo, el ser “lobista” como eficacia y lo cuerdo es ser canalla. El producir otro concepto de conciencia, que esté fundado en la dignidad de los sujetos como seres vivos, como sujetos humanos y necesitados, pero también del reconocimiento de la naturaleza como sujeto, es decir como madre, fundamento de conciencia y conocimiento que no debe ser formal sino debería ser material, en términos de corporalidad, vulnerabilidad y necesidad que le es inhe-

rente en la constitución de sujetos como seres humanos. Por ello, no basta con liberarse de las contradicciones subjetivas sino que también hay que producir un proceso de liberación de las contradicciones objetivas, que son las que producen conciencia; es decir, la contradicción entre la nación que produjo la oligarquía republicana y la realidad que ahora queremos producir depende en parte de la superación de las contradicciones de la subjetividad del peruano con conciencia latinoamericana.

Nosotros no somos hijos de nosotros mismos; en otras palabras, no somos en relación a los otros; nuestra realización se basa en no deberle nada a nadie. En nuestro país el colonialismo ha impuesto que tenemos valor en la medida que nos aproximemos al modelo occidental, individual y cosmopolita, entonces somos presionados a abjurar de ese “otro” que nos habita. Ese “otro” es el abyecto, lo indeseable que nos lastra a la marginalidad, hacia la pobreza. El otro dentro de mí, en una sociedad fragmentada convive dentro de uno varios que fusionados o no se enfrentan al mismo tiempo ¿Cuál de ellos habla cuando lloramos, cuando reímos? Por ello amistar con uno mismo, afinar lo negado es una tarea de la subjetividad. Este tejido que se entreteje, que se subordina que se superpone, éstas fracturas nos revelan y nos ocultan, se muestran en el disimulo o para descubrir los antagonismos como las complementaciones de lo que habita dentro de nosotros.

Tomando el planteamiento hegeliano del amo y el siervo, debemos referirnos a la pretendida igualdad de nuestra sociedad. Nosotros tenemos el problema de asumir la igualdad en nuestras actitudes interpersonales; en nuestra relación intersubjetiva, oscilamos entre el péndulo de mostrarnos inferiores de acuerdo a las personas y circunstancias o superiores y autosuficientes, pero, casi nunca iguales, simétricos, equitativos. Esta ductilidad

para poder sortear, adecuar y permitirse el reconocimiento social, nos pinta elocuentemente como seres coloniales, encarnadores del colonialismo del poder y del saber en el ser, que al producir jerarquizaciones y hostilidad con facilidad generamos desigualdad. Somos una sociedad construida sobre la base de desigualdades y subordinación. Asumir nuestros nudos y las posibilidades de desatarlos, es un problema que no va con nosotros, queda siempre pendiente, o simplemente nos es indiferente.

La ventaja a la que estamos acostumbrados a obtener en el día a día no está enhebrada con la conciencia de los peruanos que no actuamos como ciudadanos procurando el bien común. El país que tenemos es producto de los azares y los caprichos de la historia que en buena parte no nos ha sido favorable. Sentirse peruano es complejo y parte de un punto inicial que nos cuesta reconocer: La diversidad, sin darnos cuenta que precisamente por esta diversidad es que tenemos nuestro potencial de país y somos reconocidos mundialmente.

Hacia el bicentenario de nuestra subjetividad

Estamos por cumplir 200 años de Independencia Nacional y del inicio de la República. Nada tenemos que celebrar si lo vemos desde el punto de vista de lo no hegemónico, transcultural, puesto que nuestra historia esta signada de exclusiones, de fragmentaciones sociales, y de un espiral de violencia social que demuestra el dramatismo de las heridas polarizadas entre peruanos. Es inmenso el trabajo que hay que realizar en nuestra subjetividad para sanar esas heridas y hacer de la memoria un estandarte de reencuentro y armonización entre los peruanos. “¿Cuál es el grado de independencia que hemos alcanzado como sociedades postcoloniales?” (Jorge Bruce, 2014). A esa pregunta podemos responder desde la historia, para lo cual Hugo Neira (2010)

nos recuerda que “En la batalla de Ayacucho del lado realista habían 9,310 hombres, de los cuales 600 eran españoles y el resto peruanos, casi todos indios leales al Rey. Del lado insurgente, habían 5,780 hombres unos 4,500 gran colombianos, 1,200 peruanos y 80 argentinos”, habían por lo tanto más peruanos en el campo español y la independencia nos la impusieron.

El ser diferentes no basta. La diferencia no siempre es liberadora. Luchamos no por ser diferentes, porque de hecho lo somos, sino porque la diferencia no sea dominadora, porque el dominador no es igual que el dominado, son de hecho diferentes. De lo que se trata es de cambiar las relaciones de dominación que producen las diferencias dominadoras y opresoras, más allá de las diferencias culturales.

En definitiva se trata de volver a reconocer, beber, mamar de nuestra historia y amar a la madre cultura, a partir de su historia, de su memoria, para ya no entrar en contradicción con nosotros mismos². Nuestra identidad es una paradoja, somos la negación. El término “me sale el indio” es el cuco, lo grotesco, lo venal y oculto que en el momento extremo o fronterizo es incontrolable, lo repudiable que uno tiene en el interior. Esta expresión refleja nuestro atavismo colonial. Pero no con las categorías de la racionalidad y teorías del dominador, porque si no volveríamos a caer en lo mismo.

-
2. Cuando se dice “nosotros mismos” me refiero a nosotros como comunidad (y no como individuos) pero con historia; es decir, a esa historia que occidente no sólo ha negado, sino que ha enseñado a negar, se refiere a la necesidad de recuperar lo que la modernidad occidental necesita negar para constituirse en lo único posible y viable. Por eso se habla de una recuperación inter-subjetiva o sea comunitaria, la cual no puede ser individual y por eso acá los procesos dialógico-comunitarios son fundamentales, porque esta recuperación no se puede hacer de modo individual, sino solo como comunidad. Esto requiere otro concepto de razón-dialógica-ético-crítico.

Las posibilidades de reanimar el optimismo y la confianza de los peruanos, depende del diagnóstico de la frustración en que se encuentren. A mayor nivel de frustración, mayor intolerancia y desconfianza, allí es donde las asimetrías se tornan más complejas y conflictivas ya que están revestidas de envidia, encono, hasta de irracionalidad. A menor nivel de frustración, menor intolerancia y desconfianza, en este grupo de personas anida la posibilidad de cambio y de optimismo. Por eso el Estado no parece entender ello, porque no aprendemos de las lecciones de violencia social que tuvimos justamente de sectores de mayores niveles de frustración que pasarán a una nula reanimación y creencia en el Estado y la sociedad, tomándose casi irreversible la recuperación (que ahora se puede volver a repetir) de su esperanza y afirmación, quedando solo optar por la violencia y/o a la indefensión. Si no cambiamos el pensar y el hacer no podemos cambiar nuestra subjetividad.

Hacia la decolonialidad

La decolonialidad –por todo lo dicho anteriormente– propone una postura afirmativa de intervención, transfusión y construcción. Una afirmación que posibilita, viabiliza, visibiliza, por un lado las concepciones prácticas y, por otro lado, modos ser, estar. La decolonialidad no es meta o fin en sí misma sino herramienta política y conceptual que ayuda a vislumbrar la problemática en su complejidad y esclarecer el rumbo –teórico, práctico y vivencial– de la lucha, insurgencia e intervención; la decolonialidad no es más que los esfuerzos y las energías históricas, emancipadoras, que deben servir para superar las desigualdades sociales y mejorar nuestra educación. Freire (2013:76) señala: “sería una actitud ingenua esperar que las clases dominantes desarrollen una forma de educación que permitiese a las clases hegemónicas percibir las injusticias sociales de forma crítica”.

Sin embargo, la importancia de la decolonialidad es fundamental para eslabonar una verdadera transformación de la sociedad subordinada, dependiente de la colonialidad absorbente. La decolonialidad es una ruta en la construcción de un proyecto que ya es conocido como pensamiento decolonial y más problemáticamente como teoría postoccidental, que constituye una inusitada expresión de la teoría crítica contemporánea estrechamente relacionada con las tradiciones de las ciencias sociales y humanidades de América Latina y el Caribe.

Asumir la decolonialidad como un ejercicio crítico, emplazativo, liberador y autodeterminativo, será la razón que justificaría las prácticas decoloniales a fin de instaurar en nuestra subjetividad y por lo tanto en nuestras posibilidades de establecer diálogos interculturales, formas simétricas y constructivas de interrelación e intercambio de experiencias y saberes, por lo que en éstas circunstancias el sentido de lo plural y lo abierto tendrá resultados exitosos y fructíferos para la inclusión y la cohesión social. El trabajo de decolonialidad se propone romper todas las asimetrías que hace sufrible el vivir engrilletado en la colonialidad.

El proceso de decolonialidad de la subjetividad del peruano con mentalidad colonial, es prioritario y paulatino. En el país, donde a menudo nos tratamos como extraños, a veces como enemigos, y que no somos idénticos ni a nosotros mismos; pero, somos nosotros hombres y mujeres comunes también autores de nuestras desgracias, hemos ido tejiendo la tela que nos separa de nuestros sueños. Seguimos ahora esperando algo y a alguien que no va llegar, salvo nosotros mismos. No existe una única cadena de causas y efectos que se pueda seguir, eslabón a eslabón, desde una alteración básica hasta todas las demás. La forma en que se produce el cambio social se parece más al tejido de una telaraña que a la construcción de una cadena. Muchos hilos causales dife-

rentes se cruzan y entrecruzan hasta formar intrincados telares en los que cada elemento desempeña un papel independiente, pero esto no significa que todos los hilos tengan igual tamaño, carezca de centro alguno vinculado a una conciencia propositiva que la impulsa de adentro hacia afuera.

La educación tiene un rol crucial, histórico en este aspecto. Se trata de “decolonizarnos para transformarnos”, no sólo como individualidad, sino como comunidad. Este proceso implica reflexionar profundamente en torno a la colonialidad en la racionalidad moderna, de su racionalidad racista y su lógica de dominación. Pero implica también producir otra racionalidad distinta de la moderna, que no tenga la misma pretensión de dominio, sino que como contenido tenga de modo explícito la pretensión de liberarnos de toda forma de dominio; esta racionalidad no puede ser sino una racionalidad de la vida. Así el proceso de decolonización de la conciencia, ahora deviene en proceso de descolonización de la racionalidad con la cual hasta ahora hemos pensado. Por ello es que el problema ahora se sitúa, ya no tanto en las relaciones materiales, económicas, sociales o políticas, sino también en la dimensión intersubjetiva de la comunidad. Si transformamos la parte moderna y hegemónica de la subjetividad que nosotros aún tenemos, entonces es posible que transformemos la racionalidad de nuestra conciencia, solo así podemos producir un cambio transmoderno y postoccidental. Si no somos idénticos a nosotros mismos, ni a los otros, ni a los estereotipos que nos esforzamos en serlo, superando la falta individual y colectiva, para que no sean los otros quienes vivan en nuestro cuerpo, curando la escisión que se procure evitar, que la historia ya no nos siga enfrentando entre nosotros mismos, entre nuestros prejuicios surcados por abismos en cuyo fondo corren afectos intensos y encontrados.

Decolonialidad y sus retos

No podemos hablar de decolonización si no incluimos la realidad en un marco histórico, tanto local como mundial. Este proceso permite establecer la autodeterminación que es lo que escamotea los afanes “decolonizadores”, quizás por la complejidad que presenta una real política decolonizadora y los desafíos que ella representa. Es, difícil intentar que el propio Estado colonizador “descolonic” a las naciones subyugadas. Todos los movimientos surgidos de los pueblos originarios —políticos, sociales, guerreros—, han sido esfuerzos de esta población por recuperar su autonomía y su autogobierno. La colonización para asentar su dominio buscó siempre cambiar el cerebro del colonizado, alienar su mente para que no se reconozca en sí mismo, sino como abyecta dependencia del colonizador. Si el colonizado pierde su identidad, fácilmente puede aceptar una situación injusta. Anonadado, el colonizado acepta estar sometido a otros.

Cuando el colonizador “blanquea” la mente de los supeditados, cuando les hace renegar de su identidad y les hace creer que la única manera posible de existir es copiando al colonizador, entonces la colonización es ineluctable. Las rupturas descolonizadoras son siempre iniciadas como una toma afirmante de identidad, un trabajo subjetivo de limpiarnos mentalmente. Ese reasumir una identidad es básico y vertebrador. Se acentúa un retorno al origen, se exalta el pasado; se ensalza, incluso, el color de la piel discriminada. Todo esto comprenderá una fase descolonizadora.

Constatar las diferencias y enorgullecerse de lo que antes el colonizado se avergonzaba, es el preámbulo necesario que predispone la lucha política y social, el único que conquista derechos y que logra victorias. Ahora bien, el movimiento indígena debe

superar esta primera fase. Tenemos que saltar la grada del proceso decolonizador. Esta actitud es la base principal para sedimentar una postura ético-política, la que podría denominarse como razón colonial.

Vuelta a la semilla

Una vez que se logre cambios en las personas, y principalmente con la ayuda de la educación que logre formarlos en las nuevas subjetividades; es decir, despojados de prejuicios, podrían no sólo comportarse de acuerdo a esta nueva subjetividad, sería posible depositar la confianza de los cambios y el asentamiento de los nuevos pilares del desarrollo. Luego de que estos educandos ya habrían sido formados por esta nueva cosmovisión, entonces podrían educar ellos también a sus nuevos hijos en estos nuevos conocimientos que se van a formar sin los nuevos prejuicios instalados hasta en el inconsciente. No olvidemos que el peruano promedio internalizó esta subjetividad indefinida y subordinante y así crecieron en estas tierras donde se depreció a su gente, a su pueblo, a su historia y a su cultura, y así desarrollaron y envejecieron, subvalorando siempre lo propio, siempre pensando que lo extranjero era mejor y lo local inferior.

El dominado, cuando se ve a sí mismo con los ojos del dominador, ve de sí mismo sólo lo que el dominador ve y concibe. Es por lo tanto una visión parcial y al mismo tiempo distorsionada de su mismidad. Cuando el mestizo o criollo tiene conciencia colonial, o sea de dominado, vive siempre valorando y anhelando lo que no es y lo que no tiene. Paralelamente vive siempre despreciando lo que es y lo que tiene. Pero cuando el criollo logra algún reconocimiento del dominador, es cuando se siente capaz de demostrar que sabe o hacer lo mismo que el dominador y toma más equidistancia de la igualdad ante los demás. El dominador no solo es el

que vive bajo dominio, sino específicamente el que ha subjetivizado en su conciencia la dominación. Quien lucha por los procesos de liberación es quien subjetivamente tiene ya conciencia de libre y no de dominado, por eso lucha para que lo libre también del alcance a la objetividad, para que se haga realidad objetivamente, lo que subjetivamente ya lo es.

La decolonialidad debe expresarse en varios propósitos, no solamente tenemos que constituirnos en nuestra cultura; es decir, hacernos orgullosos de lo que somos, no negar lo que somos, sino que al mismo tiempo tiene que reconstruir eso mismo, o sea, es un doble movimiento en el proceso de descolonización, no es solo un movimiento, no es solo la afirmación de lo negado, sino que en la afirmación también hay una reconstrucción, al mismo tiempo que me afirmo necesito recuperar el legado, además tengo que salir de las relaciones de dominación del capitalismo global y este segundo movimiento es civilizatorio. ¿Cómo es que me estoy descolonizando? ¿Estoy con la lógica del razonamiento moderno sobre lo que es cultura? si es así entonces no hay decolonización. ¿Cuál es el lugar que me permite a mí romper con este modo de razonar o esta lógica que solo se despliega desde la función de la codificación de la cultura? El lugar es la genuina identidad cultural.

Por tanto, tenemos que partir de afirmar nuestra identidad, allí sí estamos en la afirmación de lo negado. Solo si me sitúo en ese nivel del legado de mi cultura y desde ahí empiezo a hacer esos movimientos, es decir afirmar mi cultura, reconstruir mi cultura, hacerla viva y por lo tanto producirla, creo que ese es el espíritu fundamental de la descolonización; es decir, ese es el modo como yo tengo que relacionarme con mi cultura, desde el legado mítico, natural, cosmogónico y desde lo espiritual, ese es el lugar y el problema de cómo nos situamos ahí, pero es un desafío para pen-

sar la decolonización. Sin embargo, los esfuerzos por decolonizarnos pasan por ampliar y salvar las desigualdades, por más asimétricas que sean, para cohesionarnos con el otro y por valorar otras culturas como la nuestra, como la común a nuestras matrices.

La decolonialidad es un proceso interior que tiene que ser superado, desde la entraña misma de nuestras frustraciones y animaciones, conciliando luego una sociedad problematizada por la tensión entre sus prédicas y sus prácticas. Ponderar una coherencia donde se detenga la baja autoestima y más bien se eleve, se disminuya la vergüenza y se aumente el orgullo fundado en una identidad, diferente a una sociedad donde sea común transgredir la ley y la corrupción es moneda corriente en una sociedad donde todos pretenden la vigencia de la ley, pero donde en realidad nadie la respeta (Portocarrero, 2004).

La falta de un sentimiento de obligación significa que la ley es solo un semblante que no se toma demasiado en serio. El vínculo social está fundamentado en ignorar las transgresiones de los otros al menos en la medida en que no me afecten directamente. El cómplice no es un ciudadano garante de la Ley, es un transgresor virtual que cierra los ojos, pues no siente, no quiere saber que la falta del otro lo puede perjudicar. Además, está en la expectativa de reclamar el silencio de los otros cuando él sea quien transgreda. La ley no es sentida como algo totalmente legítimo, sino que tiende a ser sentido como una imposición que cierra el camino del disfrute y al goce en beneficio de intereses particulares. No se siente responsable de nada. La complicidad erosiona cualquier equilibrio por precario que pueda ser. En la falta de ley y regulación donde germina la injusticia. La violencia y el odio se acumulan e irrumpe y es el desprestigio de la ley y la autoridad que hace proliferar el desorden y la ingobernabilidad.

Somos una sociedad regeneradora que significa que nuevamente podemos renacer. La subjetividad y decolonialidad del peruano es la lucha, la fe empecinada en la fecundidad del esfuerzo para crear una sociedad igualitaria, intercultural, para reconocernos todos como parte de una sola historia (Portocarrero, 2015). Ello supone dar forma a los vectores de una auténtica nación enraizada, alejada de reclamos, de privilegios, donde lo propio sea liberado de inferioridad y de oportunidades fallidas.

Bibliografía

BAUTISTA, Rafael.

2011 *Hacia una fundamentación del pensamiento crítico*. Edit. Misión. La Paz- Bolivia.

BRUCE, Jorge.

2014 *Sabes con quién estás hablando*. Edit. USMP. Fondo Editorial. Lima, Perú.

FREIRE, Paulo.

2011 *Pedagogía del oprimido*. Edit. Galaxia. Lima, Perú.

NEIRA, Hugo.

2010 *Independencias. 12 ensayos*. Fondo de Univ. Inca Garcilaso de la Vega. Lima- Perú.

PORTOCARRERO, Gonzalo.

2015 *La urgencia por decir Nosotros*. Edit. Fondo PUCP. Lima Perú.

2004 *Rostros criollos del mal*. RED para el desarrollo PUCP. IEP. Lima-Perú

RESTREPO, Eduardo.

2002 *Antropología y decolonialidad*. En: <http://ram-wan.net/restrepo/documentos/antropologia%20y%20colonialidad.pdf> (Ingreso dic. 2015).



PERÚ

Ministerio de Cultura

Dirección Desconcentrada de Cultura
de Puno

PRÓLOGO (3)

INTRODUCCIÓN (5)

ELAND VERA. Agencia indígena para la descolonización (11)

BORIS ESPEZÚA SALMÓN. Subjetivarse para decolonizarse (27)

ENTREVISTA A CATHERINE WALSH (43)

PAOLA MANCOSU. De lo teórico a lo poético: el feminismo descolonizador de Mujeres Creando Comunidad (65)

DOMENICO BRANCA. Notas sobre Antropología y Traducción (77)

CONVERSACIÓN CON FIDEL TUBINO (95)

ANA CECILIA CARRASCO QUINTANA. Los “falos” del Inca Uyo: la reinención del patrimonio, entre la mistificación y la mofa (115)

RAQUEL E. GARCÍA y FACUNDO ZAMORA QUINTAR. Estado, producción y circulación de las artesanías en la provincia de Jujuy, Argentina (131)

**CONVERSATORIO:
BALANCE Y PERSPECTIVA DE LOS TEMAS TRATADOS EN EL
GRUPO INTERCULTURALIDAD (155)**

DE LOS AUTORES (195)